

N. Hay una flor que embalsama  
 Con ambiente de la vida,  
 Con su fragancia perdida  
 Que sólo no se derrama  
 En tu alma dolorida.—  
 Es un privilegio impío  
 Mirar el placer ajeno  
 En su loco desvarío,  
 Y en el corazón vacío  
 Sentir acerbo veneno.  
 Y con ojo avaro, ardiente,  
 Ver tanta mujer hermosa,  
 Con esa tez transparente,  
 Con esa tinta de rosa  
 Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,  
 Tanta enamorada bella,  
 Que en plática amante van  
 Sin curarse él de tu afán,  
 Sin adivinarle *ella*  
 ¡Y el poeta en su misión  
 Apurando su tormento!  
 Sin alivio el corazón,  
 ¡Sin más que una maldición  
 Escrita en el pensamiento!  
 De su sentencia mortal  
 Con un día y otro día  
 Llenando el cupo fatal,  
 Cual lámpara funeral  
 Iluminando una orgía.



Á . . . . .

Déjame oír tu misterioso canto,  
 Alegre voz de tus ensueños de oro;  
 Solo y perdido peregrino, en tanto  
 Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía  
 Y es justo que le cantes y le adores;  
 Puro y tranquilo resbaló tu día,  
 Tu sien de niño coronó de flores.

Para ti son la risa y los festines,  
 La tierra para ti tiene placeres,  
 La tierra para ti tiene jardines,  
 Y para ti son bellas las mujeres.

Y tiene luz el cielo transparente,  
 Color azul y lánguidas estrellas,  
 Y ese fanal que alumbra tristemente,  
 Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada  
 Quema y devora cuanto en torno nace,  
 Arroyo que al caer de la cascada  
 En cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega torrente á la llanura,  
 Y arranca frutos, árboles y flores,  
 Y al campo roba gala y hermosura  
 Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa  
 Vine á surcar las ondas de la vida,  
 Con el alma penada y fatigosa,  
 Con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona  
 Y un nombre pido en agonía vana;  
 Mentida luz que de verdad blasona,  
 Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací  
 Hecha de fuego mi alma,  
 Sin un momento de calma  
 En las horas que viví.

. . . . .  
 . . . . .  
 ¿Por qué en el lánguido aliento  
 De una mujer que suspira,  
 Sólo el poeta respira  
 Su amargura y su tormento?

¡Ay! ¿De qué le sirve al triste  
 La fogosa inspiración,  
 Si es de tierra el corazón  
 Y su voluntad resiste?  
 En los góticos salones,  
 En las pintorescas ruinas,  
 Canta con notas divinas  
 Sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,  
 Y en su entusiasmo violento,  
 Su espíritu va en el viento  
 Por cima de las estrellas.

En la tierra.... pasa el hombre  
 Y ve su miseria en calma:  
 ¡Ay, no comprende su alma  
 Y no demanda su nombre!  
 Que es el poeta un bajel  
 Que, de riqueza cargado,  
 Surca el mar alborotado  
 Para naufragar en él.

Mas yo vi el tronco mortal  
 De avaro conquistador  
 Al amarillo fulgor  
 De lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,  
Era de mármol su frente,  
Doblada lánguidamente  
Sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría,  
Que el hierro no sujetaba,  
Su espalda le sustentaba;  
Si érase un hombre, dormía.

Vi un rey, que el trono perdió  
Porque al vasallo le plugo,  
Caminar junto al verdugo  
Que el cadalso levantó.

Vi una hermosa que arrastraban  
Sobre féretro asqueroso,  
Y con cántico medroso  
Sacerdotes la rezaban.

Vi ricos y potentados  
En sus inmundos placeres,  
Entre orgías y mujeres  
De sus hijos olvidados.

«Vivamos hoy», se decían  
En el lúbrico festín;  
Y otros con ayes sin fin  
El sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos,  
Y otros de hambre cayeron,  
Y todos se maldijeron,  
Que eran infelices todos.

Y en marmóreo pedestal  
Vi la sombra del poeta,  
A quien el tiempo respeta  
Y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,  
Y alza al cielo su cabeza,  
Fijos con noble fiereza  
Sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes  
Orgullosos triunfador,

Intérprete del Señor  
Sobre la ley de los reyes.

Oye, sublime cantor:  
Si es fuerza que al fin sucumba,  
Si al fin bajo á innoble tumba  
A dormir con mi dolor;

Si al fin con el viento vago  
Mis versos se perderán,  
Cual fuentes que á morir van  
Al cieno de hediondo lago;

Cuenta al mundo mi amargura,  
Cuéntale mi suerte impía,  
Que sepa al menos que un día  
Quise volar á la altura.

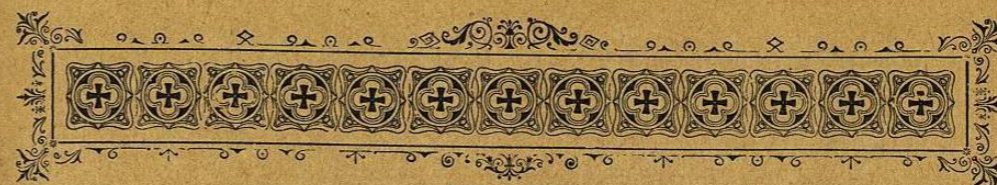
Y borra, borra mi nombre  
Si le han grabado en mi losa,  
Que no le insulte orgullosa  
La imbécil planta de un hombre.

Sólo una flor amarilla  
Que el cierzo marchitará,  
Entre el césped brotará  
De mi sepulcro en la orilla.

¡Pobre flor! ¿Por qué naciste  
Sobre una tumba desierta?  
¿No temes la noche yerta  
Tan solitaria y tan triste?

¡Pobre flor! ¿A qué temprana  
Diste al mundo tu sonrisa?  
Hoy te mece fresca brisa,  
Pero morirás mañana.

¡Ay! ¡Pobre flor amarilla!  
¿A qué tan presto brotar,  
Si el cierzo te ha de agostar  
De mi sepulcro en la orilla?



## ORIENTAL

Corriendo van por la vega  
A las puertas de Granada  
Hasta cuarenta gomeles  
Y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,  
Parando su yegua blanca,  
Le dijo éste á una mujer  
Que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiana,  
No me atormentes así,  
Que tengo yo, mi sultana,  
Un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,  
Tengo jardines y flores,  
Tengo una fuente dorada  
Con más de cien surtidores.

Y en la vega del Genil  
Tengo parda fortaleza,  
Que será reina entre mil  
Cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla  
Extiendo mi señorío;  
Ni en Córdoba ni en Sevilla  
Hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera  
Y el encendido granado,  
Junto á la frondosa higuera  
Cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,  
Allí el nópalo amarillo,  
Allí el sombrío moral  
Crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda  
Que hasta el cielo se levantan,  
Y en redes de plata y seda  
Tengo pájaros que cantan.

Y tú mi sultana eres;  
Que desiertos mis salones,  
Está mi harén sin mujeres,  
Mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos  
Y perfumes orientales,  
De Grecia te traeré velos,  
Y de Cachemira chales.

Y te daré blancas plumas  
Para que adornes tu frente,  
Más blancas que las espumas  
De nuestros mares de Oriente;

Y perlas para el cabello,  
Y baños para el calor,  
Y collares para el cuello;  
Para los labios..... ¡amor!—

—¿Qué me valen tus riquezas,  
Respondióle la cristiana,  
Si me quitas á mi padre,  
Mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,  
Á mi padre y á mi patria,  
Que mis torres de León  
Valen más que tu Granada.—

Escuchóla en paz el moro,  
Y manoseando su barba,  
Dijo, como quien medita,  
En la mejilla una lágrima:

—Si tus castillos mejores  
Que nuestros jardines son,  
Y son más bellas tus flores,  
Por ser tuyas, en León,  
Y tú diste tus amores  
Á alguno de tus guerreros,

Hurí del Edén, no llores,  
Vete con tus caballeros.—  
Y dándola su caballo  
Y la mitad de su guardia,  
El capitán de los moros  
Volvió en silencio la espalda.



## LA MEDITACIÓN

Sobre ignorada tumba solitaria,  
Á la luz amarilla de la tarde,  
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria  
Por la mujer que amé.

Apoyada en el mármol la cabeza,  
Sobre la húmeda hierba la rodilla,  
La parda flor que esmalta la maleza  
Humillo con mi pie.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,  
Levanto mis delirios de la tierra,  
Y leo en agrupados caracteres

Nombres que ya no son.  
Y la dorada lámpara que brilla  
Y al soplo oscila de la brisa errante,  
Colgada ante el altar en la capilla  
Alumbra mi oración.

Acaso un ave su volar detiene  
Del fúnebre ciprés entre las ramas,  
Que á lamentar con sus gorjeos viene  
La ausencia de la luz:

Y se despide del albor del día  
Desde una alta ventana de la torre,  
Ó trepa de la cúpula sombría  
Á la gigante cruz.

Anegados en lágrimas los ojos  
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,  
Hasta que el rechinar de los cerrojos  
La hace aturdida huir.

La funeral sonrisa me saluda  
Del solo ser que con los muertos vive,  
Y me presta su mano áspera y ruda  
Que un féretro va á abrir.

TOMO I

¡Perdón! ¡No escuches, Dios mío,  
Mi terrenal pensamiento!  
¡Deja que se pierda impío  
Como el murmullo de un río  
Entre los pliegues del viento!

¿Por qué una imagen mundana  
Viene á manchar mi oración?  
Es una sombra profana,  
Que tal vez será mañana  
Signo de mi maldición.

¿Por qué ha soñado mi mente  
Ese fantasma tan bello,  
Con esa tez transparente  
Sobre la tranquila frente  
Y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto  
Con pompa y mundano brillo,  
Se muestra anegada en llanto  
Al pie de altar sacrosanto,  
Ó al pie de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada  
En templo que se arruinó,  
Y en la piedra cincelada  
Que en su caída encontró,  
La mece el viento colgada.

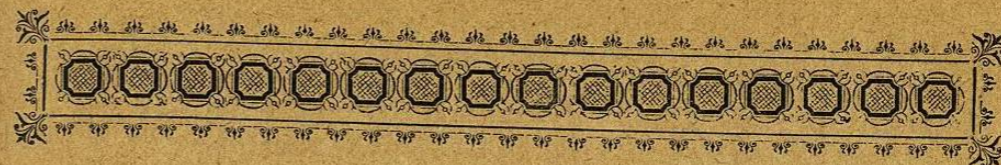
Con su retrato en la mente,  
Con su nombre en el oído,  
Vengo á prosternar mi frente  
Ante el Dios omnipotente,  
En la mansión del olvido.

¡Mi crimen acaso ven  
Con turbios ojos inciertos,  
Y me abominan los muertos,  
Alzando la hedionda sien  
De los sepulcros abiertos!

—  
Cuando estas tumbas visito,  
No es la nada en que nací,

No es un Dios lo que medito,  
Es un nombre que está escrito  
Con fuego dentro de mí.

¡Perdón! ¡No escuches, Dios mío,  
Mi terrenal pensamiento!  
¡Deja que se pierda impío  
Como el murmullo de un río  
Entre los pliegues del viento!



## À la estatua de Cervantes.

I

[zada,  
Esa es su sombra....; el alma, avergon-  
Para más no volver, huyóse al cielo:  
Solitaria, sombría, abandonada,  
Esa fantasma se encontró en el suelo.

Si es pedestal ó túmulo, se ignora;  
Mas sin duda temieron que, indignado,  
De la piedra en que está salte á deshora,  
Según se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,  
Y lidió por su patria el buen poeta;  
Acaso no encontrara un compañero  
Al pie del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano  
Libre y valiente á quien llamar amigo,  
A quien tender la cercenada mano,  
A quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente  
Al firmamento azul noble y tranquila,  
Y no mira por eso transparente  
Apagada á la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros días,  
Yerta figura con ajeno nombre,  
Como su original arrastra impías  
Horas de duelo en la mansión del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado  
La turba ociosa y soldadesca inquieta  
Dentro de su armadura de soldado,  
Ó envuelto en sus harapos de poeta.

Hoy en la inmóvil colosal figura  
Derramada la lluvia se destrenza,  
Y está sombrío en pie sobre la altura,  
Como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus pies, negro milano  
Que á la boca asomó de un hormiguero,  
Y quiere el ojo comprender en vano  
Cómo allí se cobija un pueblo entero.

Y siente la carroza del magnate  
Rodar, y se estremece á su carrera,  
Y soldados que marchan al combate  
Que equipados de farsa los creyera.

Y abajo, entre los árboles perdidos,  
Como sueños pasar contempla inquietas  
Las sombras de políticos caídos,  
Las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla  
Alumbra el sol bajando al Occidente,  
Al contemplar su revocada villa  
Sin porvenir, alegre ó indolente. [via,

Hubo un CERVANTES cuando aquél vi-  
Cuando en vez de esos hierros era un hom-  
Llamáronle poeta, y poseía [bre;  
Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta  
Y le escondió en su seno el torbellino,  
El sepulcro su mano abrió violenta,  
Y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no le dejaron con su sueño  
En el sepulcro donde en paz dormía?  
¿A qué traerle con tenaz empeño  
A sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba alzaron  
Estúpidos los hombres ó altaneros?  
Para ahuyentar los siglos que pasaron,  
Y escarnecer los siglos venideros.